

LA TENDENCIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO*

Friedrich A. von Hayek

I

La posición del economista en la vida intelectual de nuestro tiempo se diferencia de la de los profesionales de cualquier otra rama del conocimiento. Probablemente enfrentemos más a menudo problemas cuya solución requiere el conocimiento especial del economista que problemas relacionados con cualquier otra ciencia. Sin embargo, se suele hacer caso omiso de este conocimiento y en muchos aspectos la opinión pública parece encauzarse incluso en dirección contraria. Por lo tanto, el economista aparece, irremediablemente, como una persona que no está a tono con su tiempo, que brinda consejos poco prácticos que el público no se muestra dispuesto a escuchar y que no ejercen influencia alguna sobre los acontecimientos contemporáneos. ¿Por qué ocurre esto?

Si bien este estado de cosas no carece de precedentes en la historia del pensamiento económico, no puede considerárselo como algo normal y hay fuertes razones para creer que debe ser el resultado de una situación histórica particular. En efecto, las opiniones que el público sustenta hoy en día pueden rastrearse claramente hasta los economistas de la pasada generación, poco más o menos. Por consiguiente, no es que el pensamiento del economista no tenga ninguna influencia: por lo contrario, ésta puede ser muy poderosa.

* Conferencia inaugural pronunciada en la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres, en la sesión del 1º de marzo de 1933, bajo la presidencia del doctor James Bonarr.

Pero esa influencia se hace sentir al cabo de largo tiempo, de modo que si se produce algún cambio, las nuevas ideas tienden a verse ahogadas por el dominio de ideas que en realidad se han vuelto obsoletas. Esto explica el recurrente aislacionismo intelectual del economista. El problema de la relación que existe hoy en día entre el economista y la opinión pública se transforma, por lo tanto, en un problema relacionado con las causas de sus cambios intelectuales que han conspirado para dar origen a esa escisión.

Es éste el tema central que me propongo desarrollar en esta disertación.

II

El tema es muy amplio, pero el aspecto que quiero destacar, en primer término, es aquel que todo economista, como es natural, debe estar ansioso de esclarecer para el público, ese es el papel desempeñado por el progreso puramente científico –el crecimiento de nuestra comprensión de la interdependencia de los fenómenos económicos– para dar lugar a esos cambios en su actitud personal hacia los problemas prácticos.

A primera vista sólo parecen existir dos razones por las cuales los economistas deberían modificar su actitud hacia los problemas vinculados con la política económica: o bien pueden darse cuenta de que sus conocimientos eran inadecuados, o bien sus opiniones acerca de los postulados éticos fundamentales (sobre los cuales se basa, por supuesto, toda conclusión práctica) pueden sufrir algún cambio. En cualquiera de los dos casos, el papel desempeñado por la ciencia debería resultar claro, pero, en realidad, la causa de los grandes cambios históricos que estoy examinando parece ser, a mi juicio, de una naturaleza más

sutil. No se trataba de un cambio en las valoraciones éticas fundamentales, ni de una refutación de la validez de ciertas proposiciones analíticas, sino más bien de un cambio de puntos de vista acerca de la pertinencia de esos conocimientos para la solución de los problemas prácticos. No era un cambio de ideales, ni un cambio de razonamiento, sino un cambio de opinión respecto de la aplicabilidad de dicho razonamiento, que era responsable de los rasgos característicos de la economía popular de nuestro tiempo). ¿Cómo tuvo lugar este cambio?

Existe la creencia generalizada de que hacia mediados del siglo pasado se produjo, quizá bajo la influencia de las ideas socialistas, un verdadero despertar de la conciencia social ante el espectáculo de la miseria humana, que antes había pasado inadvertida, y se decidió que ya no era posible tolerarla. De aquí la declinación de “la vieja política económica”, que había ignorado por completo éstas consideraciones. Pero, en realidad, nada podría estar más lejos de la verdad. Nunca hubo ningún intento serio de demostrar que los grandes economistas liberales se preocuparan menos que sus sucesores por el bienestar de las clases más necesitadas. Y no creo que un intento de esa índole hubiera podido tener alguna posibilidad de verse cuionado por el éxito. Las causas da cambio deben buscarse en otra parte.

III

Probablemente están en lo cierto quienes opinan que el análisis económico no ha sido nunca producto de una curiosidad intelectual objetiva del *porqué* de los fenómenos sociales, sino

el resultado del acuciante impulso tendiente a reconstruir un mundo que da origen a un estado de profunda insatisfacción.

Esto es tan valedero para la filogénesis de la economía como para la ontogénesis de prácticamente todo economista. Como advirtió acertadamente el profesor Pigou: “No es de extrañar que el fervor social que se rebela ante la sordidez de los barrios bajos y la desesperanzada tristeza de las vidas marchitas marque el comienzo de la ciencia económica”*. La mera existencia de un mecanismo extremadamente complejo, que conducía a algún tipo de coordinación de la acción independiente de los individuos, no bastaba para despertar la curiosidad científica de los hombres.

Mientras que el movimiento de los cuerpos celestes o los cambios de nuestras condiciones naturales nos maravillaban, suscitando nuestro asombro porque eran regidos, evidentemente, por fuerzas que no conocíamos, la humanidad permanecía –y la mayoría de los hombres todavía continúa permaneciendo– bajo la errónea impresión de que, dado que todos los fenómenos sociales son el producto de nuestras propias acciones, todo lo que depende de ellas constituye su objeto deliberado.

Sólo cuando, a raíz de que el sistema económico no respondió a todas nuestras expectativas, le impedimos hacer lo que había estado llevando a cabo, en un intento por obligarlo a obedecernos de modo arbitrario, nos dimos cuenta de que había algo que teníamos que comprender. Sólo de manera incidental, como una suerte de subproducto del estudio de tales problemas aislados, fuimos comprendiendo gradualmente que muchas cosas que se

* *Economicsof welfare*, 4^o edición, 1932, p.5.

habían dado por sentadas eran, en realidad, el producto de un organismo muy complejo, que únicamente porfiamos tener esperanzas de llegar a comprender mediante el intenso esfuerzo mental de la investigación sistemática. En verdad, no es exagerado decir que la economía se desarrolló principalmente como fruto de la investigación y la refutación de sucesivas propuestas utópicas –si por “utópicas” queremos significar propuestas tendientes al mejoramiento del sistema existente–, basadas en el completo desconocimiento de esas fuerzas que realmente le permitían funcionar.

IV

Ahora bien, dado que el análisis económico se había originado de este modo, era perfectamente natural que los economistas pasaran de la investigación de las interrelaciones causales a la elaboración de conclusiones prácticas. Al criticar las propuestas destinadas al mejoramiento del sistema, aceptaron los postulados éticos sobre los cuales se basaban tales propuestas y trataron de demostrar que éstas no conducían al fin deseado y que, con mucha frecuencia, políticas de naturaleza radicalmente diferente producirían el resultado deseado. Dicho procedimiento no viola de ningún modo el precepto que el profesor Robbins nos ha inculcado recientemente con tanta eficacia, a saber, que la ciencia por si misma no puede probar nunca lo que se debe hacer.

Pero si se llega a un acuerdo sobre los linos esenciales, el conocimiento científico puede determinar, evidentemente, cuál es la mejor política para lograrlos. Sin duda, el economista debe ser siempre consciente de esta distinción; pero habría sido una pedantería intolerable

que, al discutir los problemas prácticos, hubiera insistido en que la ciencia por si misma no prueba nada, cuando en realidad fue sólo el conocimiento recientemente adquirido el que influyó decididamente para dar lugar al cambio de actitud de los economistas hacia los asuntos prácticos.

La actitud de los economistas clásicos hacia los problemas relacionados con la política económica fue el resultado de sus conclusiones científicas. El presupuesto contra la intervención gubernamental provino de una amplia gama de demostraciones según las cuales los actos aislados de intervención frustraban claramente el logro de fines que todos consideraban deseables y convenientes.

V

Sin embargo, la posición de la joven ciencia que condujo a conclusiones que estaban completamente en pugna con el resultado de reflexiones más antiguas, empezó a tornarse difícil tan pronto como -después de su primer éxito triunfal- se llegó a tener más conciencia de sus defectos restantes. Y los que no estaban de acuerdo con sus conclusiones no tardaron en sacar el mejor partido posible de todos los defectos que pudieron encontrar.

No fueron las preocupaciones prácticas del economista las responsables de este estado de cosas. Es evidente que la economía habría suscitado menos animadversión si los economistas hubieran puesto más cuidado en distinguir la teoría pura de los aspectos más prácticos de sus conclusiones. Es verdad que la economía era considerada despectivamente como una mera ciencia utilitaria porque no perseguía el conocimiento como un fin en si

mismo. Pero si los economistas hubieran tratado de hacerlo, nada habría despertado más resentimiento. Incluso hoy día se considera casi como un signo de depravación moral que el economista encuentre en su ciencia algún hecho prodigioso, v. gr., si descubre en las cosas un orden insospechado que provoca su asombro o su perplejidad. Y es objeto de agrios reproches si en cada etapa de su análisis no enfatiza cuánto deplora que su nueva visión de orden de las cosas influya para que resulte más difícil modificarlas siempre que queramos hacerlo.

El ataque contra la economía provino más bien de la aversión a aplicar métodos científicos a la investigación de los problemas sociales. La existencia de una estructura de razonamiento que impedía a los hombres dejarse llevar por sus primeras reacciones impulsivas y los obligara a contrapesar efectos indirectos, que sólo podían percibirse ejercitando el intelecto contra el intenso sentimiento causado por la observación directa del sufrimiento concreto, ocasionaba, entonces como ahora, un profundo resentimiento. La rebelión emocional fue la que atacó en general la validez de dicho razonamiento. De ese modo, el fervor social logró destruir temporariamente un instrumento creado para estar a su servicio, porque las frecuentes decepciones sufridas habían provocarlo desasosiego e impaciencia.

No puede negarse que en esta etapa temprana los economistas no tenían aún plena conciencia de la naturaleza precisa de sus generalizaciones. Tampoco puede discutirse que en algunos temas, tales como la teoría del valor, se basaran en presupuestos generales sumamente insatisfactorios. El famoso autor de *Philosophy and Political Economy* puso en

claro hasta qué punto los verdaderos fundamentos del sistema clásico fueron influidos por la filosofía en boga es esa época. Pero el abandono en bloque de la economía analítica se debió principalmente, no a la detección de fallas en los fundamentos conceptuales si no al hecho de que, justamente en la época en que tuvo lugar esa rebelión, lo que parecía ser un método sustitutivo del razonamiento analítico ofreció al economista de mentalidad más práctica un método que, desde su punto de vista, no tenía ninguna de las características objetables de la estructura económica existente. Me refiero a los métodos de la famosa Escuela Histórica de Economía. Si bien en el sentido propiamente dicho de una escuela que se propone reemplazar el análisis teórico por la descripción esto puede considerarse ahora una cosa del pasado, tiene, sin embargo, una enorme importancia histórica debido a su influencia sobre el pensamiento popular del presente.

Es evidente que cualquier cosa que justificara el tratamiento de los problemas prácticos como algo singular, determinado sólo por su propio desarrollo histórico, estaba destinada a ser recibida con beneplácito debido a la necesidad de controlar las emociones a través del razonamiento. Esta era, precisamente, la ventaja que ofrecía el método histórico. Al negarse a creer en las leyes generales, la Escuela Histórica tenía el especial atractivo de que su método era constitucionalmente incapaz de refutar aun la más descabellada de las utopías y, por lo tanto, no era probable que suscitara la decepción asociada al análisis teórico. Su énfasis en los aspectos insatisfactorios de la villa económica, antes que en las causas del funcionamiento del sistema existente y en las probables consecuencias si tratábamos de

controlar directamente algunos de los males reconocidos, lo convirtió en un método muy recomendable para todos los impacientes.

IV

Durante mucho tiempo, especialmente en el último tercio del siglo xix, las dos escuelas existentes no sólo empleaban métodos diferentes, sino que prestaban atención a problemas diferentes.

Los individuos más propensos a la indagación teórica tenían que concentrarse en la revisión de los principios fundamentales deteriorados por décadas de ataques, dejando los aspectos más prácticos a aquellos que estaban cada vez más influidos por el método histórico. Sin embargo, mientras esta parte de la tarea estuvo a cargo de hombres previamente familiarizados con los principios generales del análisis –y que, por lo tanto, eran inmunes a las falacias más populares–, el pleno efecto de este cambio no se puso claramente de manifiesto. El distinguido economista Thomas Tooke, a cuya memoria está dedicada esta cátedra que lleva su nombre, y cuya larga y fructífera carrera nos hizo conocer al profesor Gregory, brinda un conspicuo ejemplo de la naturaleza de este cambio. Tooke nunca habría podido llegar a ser, en los primeros años de su carrera, uno de los líderes del movimiento librecambista, y seguir siendo su defensor durante toda su vida, si hubiera aplicado a los problemas del comercio internacional los mismos métodos puramente inductivos que, años después, consideró que eran absolutamente decisivos para el estudio de los problemas monetarios.

Como sucede con tanta frecuencia, sólo en la segunda generación de la nueva escuela se hizo sentir la carencia de las herramientas necesarias para interpretar los intrincados fenómenos que se ocupaba de describir. Y por lo tanto ocurrió que, en el preciso momento en que los teóricos obtenían sus mayores logros en la tarea de construir una base analítica más sólida para su disciplina científica, la superestructura de las aplicaciones más concretas que habían quedado en manos de hombres de mentalidad más práctica cayó gradualmente en el olvido, por descrédito, más bien que por haber sido rebatida. En consecuencia, muchos de los paliativos y falsos remedios que en el pasado habían sido rechazados porque incluso si se los juzgaba mediante el análisis del sistema clásico, sus efectos indirectos se consideraran, obviamente, más objetables que sus beneficios inmediatos, fueron introducidos por la nueva generación de los economistas históricos, hasta que la reacción llegó al punto en que los fútiles intentos de remediar motivos especiales de queja provocados por una torpe acción estatal, difícilmente podrían haber sido más numerosos si no hubiera existido nunca una ciencia analítica de economía. No es casual que el retorno del proteccionismo que siguió a la era de libre comercio del siglo XIX haya sido obra de hombres que estaban fuertemente influidos por esta escuela.

VII

La tarea de reconstruir la estructura de una ciencia lleva mucho tiempo si se empieza por revisar los conceptos fundamentales. Y las modernas revisiones de la economía teórica llevaron el tiempo suficiente para permitir que lo que era al principio el punto de vista

herético de cierto número de economistas radicales que tuvieron que luchar contra lo que era en ese entonces el conservadorismo de hombres prácticos que estaban aún bajo la influencia del liberalismo económico- calara hondo en el pensamiento del público y se impusiera como doctrina dominante, no sólo entre los reformadores sociales sino también entre los hombres de negocios más conservadores. En los principales países del mundo, la opinión pública se encuentra ahora bajo el completo dominio de las ideas surgidas de la rebelión contra la economía clásica de setenta años atrás.

Pero, entretanto, los teóricos llevaron su trabajo a una etapa más realista y descubrieron sorprendidos con cuánta frecuencia los autores de otros tiempos, manejando instrumentos más toscos, habían llegado á conclusiones correctas respecto de los problemas concretos de la época. Y estos avances del razonamiento teórico se vio confirmado por la experiencia práctica de nuestro tiempo. Las épocas de grandes conmociones deparan a veces una demostración más clara de los principios generales del análisis económico que aquellas en las que el movimiento de las cosas es mucho menos perceptible. En lo que podríamos denominar –parafraseando a Alfred Marshall en una asociación similar referida al periodo napoleónico*– el temporario retomo de Europa al reinado de la violencia, las viejas doctrinas fueron puestas a prueba una vez más; y mientras que la escuela descriptiva-intervencionista no tenía nada que aportar, muchas de las máximas clásicas emergieron con renovada y general aceptación.

* *Industry and Trade*, p.674.

Empero, mientras que la tarea del economista histórico era relativamente sencilla porque lo que tenía que decir sobre todos los problemas de política económica no difería, y no podía diferir en modo alguno, de lo que habría querido decir el hombre de la calle si hubiera oído hablar de economía; en otras palabras, mientras que la tarea de la escuela histórica podía cumplirse sólo con esperar que el público olvidara, simplemente, lo que había aprendido antes, la tarea del economista teórico es mucho más difícil. Consiste, esencialmente, en demostrar las incongruencias del tipo de razonamiento común y corriente que todo el mundo emplea y cuya validez nadie pondría en duda si se aplicara a casos sencillos donde resulta fácil de comprender. La dificultad surge cuando el mismo tipo de razonamiento derivado de hechos conocidos e indudables, que aun quienes más desdeñan el razonamiento teórico no pueden dejar de aplicar a los casos sencillos, se torna sospechoso y exige una confirmación empírica en cuanto se lo aplica a fenómenos algo más complejos, donde no puede ser comprendido sin cierto esfuerzo, e incluso sin un entrenamiento especial.

Y, sin embargo, no es nada más que esto, precisamente, lo que hace el economista. Al combinar conclusiones elementales y seguir adentrándose hasta el fin en sus implicaciones, el economista construye gradualmente, a partir de elementos conocidos, un modelo mental que apunta a reproducir el funcionamiento del sistema económico en su conjunto. Sea que utilicemos como base hechos que conocemos porque derivan de la experiencia cotidiana, o hechos que fueron reunidos laboriosamente por la investigación histórica o estadística, la importancia y dificultad de esta tarea adicional siguen siendo las mismas, y la única prueba de su utilidad como herramienta para la interpretación consiste en determinar, mediante un

razonamiento lógico impecable, si produce un modelo que reproduce movimientos del tipo que observamos en el mundo moderno. Sólo cuando hemos llevado a su conclusión lógica esta tarea de ensamblar los elementos conocidos con el fin de comprender todas las implicaciones de su coexistencia, podremos decir si los hechos conocidos de los cuales partimos bastan para explicar los fenómenos más complejos.

Una mente sobrehumana podría haber llevado a cabo este proceso de razonamiento en un segundo, por supuesto, del mismo modo que toda la estructura de la matemática podría deducirse de unos cuantos axiomas fundamentales, pero en realidad el desarrollo de este proceso fue el resultado del lento y gradual trabajo de muchas generaciones. Sin embargo, el hecho real de que la teoría económica se base simplemente en un razonamiento corriente que a partir de elementos habitualmente conocidos es llevado más allá del punto en que resulta inmediatamente obvio, e incluso más allá del punto al que parecería acceder sin ayuda cualquier pensador, gracias al trabajo de generaciones anteriores de economistas, determina que a la persona que no es economista le resulte muy difícil creer que la economía puede enseñarle algo. Esto explica por qué suele sentirse menoscabada si el economista sugiere la existencia de interrelaciones entre cosas que ella no percibe, y por qué se supone que el economista -a diferencia de los especialistas de otras ciencias- debe disculparse prácticamente si discrepa con las conclusiones a las que llegaría aceleradamente el pensamiento lego. Lo que suscita aun más resentimiento es el simbolismo mental y las fórmulas convencionales que el economista utiliza como parte indispensable de su técnica,

en lugar del desarrollo explícito de todos sus argumentos, un proceso que, por supuesto, se opondría a la formulación de cualquier clase de conclusiones.

VIII

Ahora bien, prosiguiendo del modo que he explicado, el análisis económico da respuestas particulares a problemas particulares. Pero hace más que eso. Al revelar la interdependencia de los fenómenos particulares, uno después de otro, brinda una comprensión de carácter mucho más amplio, una comprensión de la naturaleza del sistema económico en su conjunto, que permite refutar las creencias más ingenuas relativas a los fenómenos económicos, a las cuales parecen aferrarse las mentes entrenadas en disciplinas puramente descriptivas. Resulta muy difícil explicar esto de manera irrecusable, pero es necesario comprenderlo si queremos captar los efectos generales que la preocupación por el análisis teórico tiende a tener sobre la actitud del economista hacia los problemas prácticos. Trataré de esclarecer este punto.

Desde los tiempos de Hume y Adam Smith, el efecto de cada intento de comprender los fenómenos económicos, es decir, el efecto de cada análisis teórico, ha sido demostrar que, en gran medida, la coordinación de los esfuerzos individuales que se realizan en la sociedad no es producto de una planificación deliberada, sino que se ha logrado, y en muchos casos sólo podía haberse logrado, a través de medios que nadie deseaba o comprendía, y que aisladamente podrían ser considerados como algunos de los aspectos más objetables del sistema. Se demostró así que los cambios implícitos, y que era necesario introducir debido a

los cambios acaecidos en nuestros deseos o en los medios disponibles, se llevaban a cabo sin que nadie comprendiera su necesidad. En suma, se demostró la existencia de un mecanismo sumamente complejo, que funcionaba y resolvía problemas, frecuentemente a través de medios que probaron ser los únicos posibles para lograr un resultado, pero que no podía ser producto de una regulación deliberada porque nadie lo comprendía. Aun ahora, cuando empezamos a comprender su funcionamiento, descubrimos a menudo que muchas funciones necesarias son ejecutarlas por instituciones surgidas de modo espontáneo. Si tratáramos de dirigir el sistema mediante una regulación deliberada, tendríamos que inventar tales instituciones, y sin embargo al principio ni siquiera las comprendíamos cuando las veíamos.

Lamentablemente, este resultado –el más antiguo y general- de la teoría de los fenómenos sociales no recibió nunca un título que le asegurase un lugar adecuado y permanente en nuestro pensamiento. Las limitaciones del lenguaje prácticamente nos impiden exponerlo sin emplear palabras metafóricas engañosas. La única forma inteligible de explicar lo que estoy tratando de expresar sería decir, como decimos en alemán, que los fenómenos tienen *sentido* –*Sinn*–; que desempeñan una *función* necesaria. Pero en cuanto tomamos literalmente dichas frases, se tornan engañosas. Se trata de una interpretación antropomórfica y animista de los fenómenos, cuya principal característica es que no son determinados voluntariamente por ninguna mente. Y no bien reconocemos esto, tendemos a caer en el error opuesto, que es, sin embargo, de naturaleza muy similar: negamos la existencia de lo que estos términos se proponen describir. Es muy fácil, por supuesto,

ridiculizar la famosa “mano invisible” de Adam Smith, que lleva al hombre a “promover un fin que no formaba parte de sus intenciones”. Pero suponer que el sistema económico existente cumple una función definida sólo si sus instituciones fueron deliberadamente creadas por el hombre es un error que no difiere mucho de ese antropomorfismo. Este es probablemente el *último* vestigio de esa actitud primitiva que nos llevaba a conferir una mente humana a cualquier cosa que se movía y modificaba adaptándose con ella de perpetuarse o perpetuar a las de su misma clase. En las ciencias naturales dejamos poco a poco de hacerlo, y hemos aprendido que la interrelación de diferentes tendencias puede producir lo que denominamos un orden, sin ninguna mente de nuestra propia clase que lo regule. Pero todavía nos negamos a reconocer que la interacción espontánea de las acciones individuales puede producir algo que no es el objeto deliberado de sus acciones, sino un organismo en el que cada parte desempeña una función necesaria para la continuidad del todo, sin que una mente humana lo haya ideado. Según un eminente economista austriaco, nos negamos a reconocer que la sociedad es un organismo y no una organización* y que, en cierto sentido, somos parte de un sistema organizado “superior” que, sin nuestro conocimiento, y mucho antes de que tratásemos de comprenderlo, resolvía problemas cuya existencia ni siquiera admitíamos, pero que habríamos tenido que resolver de manera muy similar si hubiéramos intentado dirigirlo en forma deliberada.

IX

* Mises, *Gemeinwirtschaft*, Jena, 1923, pp. 280 ss, 2ª edición, 1932, p.265.

El reconocimiento de la existencia de este organismo implica reconocer que la economía es una materia de estudio. Una de las causas de la posición única de la economía es que la existencia de un objeto definido de su investigación sólo puede comprenderse después de un prolongado estudio y, por lo tanto, no es extraño que personas que nunca estudiaron realmente la teoría económica pongan en duda necesariamente la legitimidad de su existencia, así como el carácter apropiado de su método. Una verdadera prueba de todo lo que he dicho y de todo lo que el economista sostiene sólo puede darse por medio de una exposición completa de su ciencia. En consecuencia, deberé contentarme aquí con ilustrar el sentido de mis palabras mediante unas cuantas referencias generales y un ejemplo más concreto.

Probablemente no haya ninguna parte de la economía que demuestre mejor que la teoría del capital y el interés cómo nuestra incapacidad para comprender el funcionamiento del sistema existente conduce a un estado de insatisfacción con él y a acciones que sólo empeoran la situación. Es en este campo donde se hicieron, en los últimos cincuenta años, avances decisivos que dieron una sólida base a mucho de lo que los antiguos economistas habían vaticinado, más bien que demostrado. A mi entender, esta creencia no se debe -como quizá se podría sospechar- a una predilección personal por esos problemas. Es verdad, por supuesto, que yo no estaría hoy en este recinto si no hubiera tenido la suerte de que mi formación en economía se desarrollara en una atmósfera en la que todavía se hacía sentir plenamente la influencia del hombre a quien se le deben en gran medida esos avances. Y si yo necesitara algo que me recuerde esta circunstancia, la presencia del eminente economista

que preside hoy esta sesión y que fue el principal responsable de haber introducido estas doctrinas en el mundo de habla inglesa, bastaría para hacerme vividamente consciente de la situación.

Sin embargo, creo que existe una abundante evidencia objetiva del extraordinario papel que ha desempeñado esta teoría en el progreso de nuestra comprensión del Proceso económico. Tal vez no haya un ejemplo más claro de como el estudio de la teoría económica obliga a los pensadores socialistas a comprender que, en sus intentos de proyectar una planificación positiva de su sociedad ideal, no tienen ningún medio mejor de resolver algunos de sus problemas principales que copiar lo más exactamente posible aun lo que antes constituía para ellos algunas de las características más objetables del sistema existente, incluido el interés. Y, por otra parte, poca duda cabe hoy tija de que la tendencia prevaleciente a desacreditar la acumulación de riqueza, subestimar la necesidad del capital y desalentar el ahorro –no sólo en épocas de depresión- que es, evidentemente, un efecto de la falta de comprensión de las funciones del capital, constituye una de las principales fuerzas destructivas que sumergen al mundo en la miseria.

Permítaseme exponer más detalladamente un ejemplo típico de los errores de razonamiento que conducen, en casi todos los casos, a la demanda de planificación. Este ejemplo ofrece la rara ventaja de que puenste explicarse en pocas palabras. Para quienes deseen conocer otros ejemplos de naturaleza similar, les aconsejo remitirse al último discurso inaugural de un economista: el del profesor Plant, pronunciado en esta escuela al comienzo de la última sesión. Mi ejemplo se relaciona con la teoría del progreso técnico y la depreciación. En la

discusión popular sobre el capitalismo competitivo, algunos suelen quejarse de que los empresarios sigan utilizando maquinarias obsoletas, a pesar de la disponibilidad de máquinas mejores y más modernas. Junto con estas quejas, se plantean otras en el sentido de que “se dilapida” el capital cuando los empresarios reemplazan la maquinaria existente que todavía tiene por delante muchos años de vida útil. Cada una de estas críticas evidentemente incompatibles se esgrime como un argumento en favor de la planificación centralizada.

Cada una implica que la competencia conduce a un sistema de producción antieconómica que todo planificador concienzudo debería evitar. Un análisis más minucioso revela, sin embargo, que cualquiera de las dos alternativas que presuntamente podría adoptar planificador inteligente conduciría a un despilfarro de los recursos, y que la cosa más sensata que podría hacer sería llevar a cabo, por medio de una delicada regulación, lo que la competencia logra en forma espontánea. Revela, también, que carecería de la importantísima guía que podría proporcionarle el sistema competitivo.

En cualquiera de los dos casos, lo que queremos, por supuesto, es sacar el mejor partido posible de los recursos disponibles. Y sea cual fuere el criterio que adoptemos respecto de la relativa importancia de las distintas necesidades, esto significa que cualquier resultado dado debería obtenerse, en ambos casos, con el menor sacrificio posible de los otros fines.

En el caso que estamos considerando, la competencia significa, evidentemente, que la nueva maquinada será introducida en *todos* los casos en que reduce los costos corrientes de producción; esto es, cuando el costo del capital requerido para la introducción de nueva

maquinaria es menor que el ahorro sobre otros costos, posibilitarlo para la nueva maquinaria, y *sólo* será introducida en tales casos. Empero, el costo del capital, así como otros costos (v. gr., los salarios de los trabajadores) que se economizan, están determinados, evidentemente, por la demanda competitiva de las otras industrias. Esto significa, en primer lugar, que nuestro problema consiste en determinar, en la industria en cuestión, si, y en qué medida, la mano de obra (u otros factores que puedan utilizarse en otra parte) debe ser reemplazada por el nuevo capital; y, en segundo lugar, que el problema depende de la relativa adición al producto final que cualquiera de esos dos factores aportará en otra parte. Si el costo del capital -interés y amortización- invertido en ello es menor que el costo de los otros factores a los que reemplaza, la nueva maquinaria será introducida no para que efectúe el trabajo de la maquinaria ya existente, sino porque realiza ese trabajo *más* el trabajo de una cantidad de otros factores que producirán en otra parte más que lo que podría haber hecho el nuevo capital. Es evidente que un planificador sensato tendría que actuar apoyándose en los mismos principios, y que sólo podría hacerlo así sobre la base de una tasa dada de interés que exprese la productividad del capital. Pero resulta difícil comprender cómo podría lograrse esto, salvo por medio de un mercado de capitales competitivo. Lo mejor que podría hacer el dictador en tal caso sería imitar lo más estrechamente posible lo que sucedería bajo un sistema de libre competencia. Sin embargo, teniendo en cuenta hasta qué punto se reclama hoy día la acción legislativa para proteger el capital invertido contra la obsolescencia causada por la introducción de métodos técnicos más modernos, no podemos ser muy optimistas acerca del resultado.

X

Este ejemplo de análisis bastará, quizá, para explicar por qué el economista llegará a conclusiones muy diferentes de las de aquellos para quienes los fenómenos económicos representan diversos acontecimientos independientes, que son explicados por sus causas históricas individuales y no por la lógica inherente al sistema. Esto no significa, de ningún modo, que el economista asumirá una actitud puramente negativa hacia cualquier tipo de intervención deliberada en el funcionamiento del sistema. Pero puede significar -y muy probablemente significará- que asume una actitud casi siempre negativa hacia esas propuestas de intervención que no se basan en la comprensión del funcionamiento del sistema, a saber, propuestas que suelen surgir más fácil y regularmente en la mente del lego. Por otra parte, en vista de la naturaleza incompleta de nuestro conocimiento, significa que, en todos los casos dudosos, se presume que existirá una actitud contraria a la intervención. Sin embargo, esto no elimina, en modo alguno, la parte positiva de la tarea del economista; la delimitación del campo dentro del cual la acción colectiva no sólo es inobjetable, sino un medio útil de obtener los fines deseados. Lamentablemente, tanto en el momento actual como en la época en que la economía teórica tuvo gran influencia, los efectos de la actividad intensiva del Estado, basada en una comprensión absolutamente inadecuada de la coherencia de los fenómenos económicos, son tanto más nocivos que la ausencia de cualquier forma de actividad estatal que el economista pudiera sugerir, que éste, en la práctica, se vio impulsado casi inevitablemente a adoptar una posición principalmente

negativa. Pero es de esperar que esta necesidad práctica no impida nuevamente a los economistas dedicar más atención a la positiva tarea de delimitar el campo de la actividad útil del Estado.

No cabe duda de que después de la antigua distinción de Bentham entre la *agenda* y la *falta de agenda** del gobierno, los escritores clásicos desatendieron muchísimo la parte positiva de la tarea, y con ello permitieron que ganara terreno la idea de que el *laissez-faire* era la única conclusión final posible, una conclusión que, desde luego, habría sido invalidarla por la demostración de que, en algún caso particular, la acción del Estado podía ser útil. Remediar esta deficiencia debe ser una de las principales tareas del futuro.

IX

Si bien no quiero minimizar este aspecto de la tarea del economista, aún sigo pensando que nuestro conocimiento actual justifica la afirmación de que el campo para el desarrollo de la actividad del Estado al servicio de los ideales éticos sustentados por la mayoría de los hombres, no sólo es diferente, sino también mucho más estrecho de lo que se cree habitualmente. En lo atinente a este punto, un creciente número de economistas discrepa totalmente con la opinión popular en boga, que considera inevitable el progresivo incremento del control estatal.

Curiosamente, esta creencia en la inevitabilidad del aumento del control del Estado se basa, en la mayoría de los casos, no tanto en una clara noción de las presuntas ventajas de la

* La expresión se refiere a los asuntos cuya resolución se considera pendiente y a aquellos que no se toman en cuenta.

planificación como en una suerte de fatalismo; en la idea de que “la historia nunca vuelve atrás”, lo cual no es más que otro legado de la creencia en las leyes históricas que dominó el pensamiento de las dos últimas generaciones. Pero en una época en que estamos volviendo rápidamente a las condiciones características del mercantilismo, este argumento en contra de la posibilidad de un retorno a condiciones similares a las existentes hace sesenta años está destinado a perder toda su fuerza. Más importante aun es el hecho de que se reconozca en grado creciente que la otra fuente de la creencia en la inevitabilidad de la victoria final de la planificación -el convencimiento de que, puesto que donde no hay una voluntad directriz reinará el caos, la planificación deliberada implicará necesariamente una mejora de las condiciones existentes – es el resultado de nuestra insuficiente comprensión del sistema vigente.

Me he ocupado aquí de la planificación, más bien que de su hermano mayor, el socialismo, no porque piense que hay alguna diferencia entre ambos (excepto por la mayor consistencia de éste), sino porque la mayoría de los planificadores todavía no comprenden que son socialistas y que, por lo tanto, lo que el economista tiene que decir respecto del socialismo se aplica también a ellos. En este sentido, quedan hoy día muy pocas personas que no sean socialistas.

En realidad, parece casi inevitable que, sobre la base de esas ideas económicas que impregnan actualmente parte de la educación general de nuestro tiempo, todo individuo de buen corazón se convierta en un socialista en cuanto toma conciencia de la miseria existente en la sociedad. Esta fue, sin duda, la experiencia vivida por gran número de economistas de

la generación más joven, para los cuales la economía sólo significaba prácticamente, cuando iniciaron sus estudios, más información sobre esos hechos deplorables que exigían ineludiblemente una solución. Pero la conclusión a la que llegan algunos de ellos después de estudiar economía parece contrastar tan violentamente con las razones que los impulsaron a abrazar el estudio de esa disciplina que la mayoría de la gente termina por inferir que sus normas éticas deben haber sufrido un profundo cambio. Uno de los hechos más interesantes de la época actual es que un creciente número de economistas de la generación más joven, que no tienen el menor vínculo sentimental con el conservadorismo –y que, en muchos casos, fueron en un principio socialistas–, son llevados cada vez más por el razonamiento a adoptar una actitud conservadora hacia muchos problemas, o más bien dicho, una actitud que una generación atrás habría sido tildada de conservadora. Y esto ocurre con hombres que no sólo tienen toda la afinidad posible con los motivos éticos que dieron lugar al nacimiento del radicalismo económico, sino que se sentirían muy felices si pudieran creer que el socialismo o la planificación es capaz de hacer lo que ellos prometieron hacer, porque probablemente comprenden mejor que cualquiera que no sea economista que el desarrollo tenderá a orientarse, al menos durante un lapso considerable, en esa dirección, y que esa tendencia sólo se revertirá, en caso de que lo haga, a costa de amargas experiencias y profundas decepciones.

Si consideramos un solo país, quizá resulte algo difícil percibir que dicha reacción está en marcha y que no se trata simplemente de la experiencia de uno u dos individuos; pero si consideramos países que se encuentran en diferentes fases del desarrollo del pensamiento

económico, esa reacción se volverá totalmente clara. Si compararnos, por ejemplo, a Alemania, donde se originaron las influencias que condujeron a la declinación del *insight* analítico, con los Estados Unidos, donde esas influencias sólo se hicieron sentir en fecha relativamente reciente, e incluso con Inglaterra, que en este aspecto ocupa una suerte de posición intermedia, no podremos dejar de advertir hasta qué punto el ciclo dio un giro completo en Alemania, y cómo cambiaron enteramente la posición relativa de los radicales intelectuales y la opinión popular. En Alemania, y en cierta medida en Inglaterra, las personas que exigen una ampliación adicional del control gubernamental de la vida económica han dejado de ser, ciertamente, pioneros intelectuales. Son, definitivamente, la expresión del espíritu de la época, el producto final del pensamiento revolucionario de una generación anterior. Reconocer su posición a este respecto no implica decidir, desde luego, si el futuro les pertenece a ellos, como muy bien podría suceder, pero arroja una interesante luz sobre el papel desempeñarlo por el progreso del conocimiento en este desarrollo. En efecto, independientemente de lo que podamos pensar sobre algunos problemas particulares, no cabe duda que los recientes aportes al conocimiento en este campo han influido para que la posibilidad de solucionar nuestras dificultades por medio de la planificación parezca ser menos, antes que más probable. Las que eran dificultades menores para el economista de la pasada generación son considerarlas ahora, tanto por los socialistas como por los no socialistas, como problemas cruciales que algunos quizá podrían tener esperanzas de resolver en el futuro, pero cuya desatención destruye, sin duda, buena parte de la confianza popular del presente.

Y de este modo vuelvo al punto (del cual he partirlo, es decir, al aislamiento del economista contemporáneo, y a la negativa del progresismo moderno a valerse del conocimiento que aquél puede proveer, un conocimiento que es producto del único intento persistente de explorar sistemáticamente las posibilidades de cambio. El peculiar desarrollo histórico que acabo de bosquejar ha demostrado que el economista suele estar en desacuerdo, respecto de los medios, con aquellos con los que está de acuerdo respecto de los fines y, a la inversa, está de acuerdo respecto de los medios con aquellos; cuyos puntos de vista respecto de los fines rechaza enteramente; se trata de hombres que no sintieron nunca el imperioso impulso de reconstruir el mundo y que apoyan a menudo a las fuerzas de la estabilidad sólo por razones egoístas. Dada esta situación, es casi inevitable que el economista se convierta en objeto de aversión y sospecha. Pero si reconoce las circunstancias que dan origen a esas opiniones, será capaz de tolerarlas con comprensión y paciencia, confiando en que sus conocimientos científicos le proporcionan un instrumento para aclarar diferencias que se plantean realmente en el terreno intelectual, y que, si bien por ahora sus actividades tienen poco efecto, con el transcurso del tiempo se reconocerá que sirven, más concretamente que las actividades de sus oponentes, a los fines que comparten en común.